

Clausura del Obispo Gustavo García-Siller

Gracias. Pues estamos aquí, el Obispo Barnes y su servidor, en nombre de nuestros hermanos obispos de toda la nación. Este esfuerzo ha sido de todos los obispos, y, sobre todo, todos ustedes, que han caminado día tras día en sus comunidades, parroquias, diócesis, regiones.

Estamos agradecidos al Santo Padre por su mensaje al principio de este proceso de Encuentro, en el pasado y por su mensaje que nos dio en estos días. El Santo Padre necesita saber que, en estos tiempos difíciles, también para él, que creemos que él es Pedro para nosotros hoy. El Papa es Pedro para nosotros hoy y lo amamos.

También damos gracias por todos los servicios que nos ha prestado, en la dirección, el USCCB. Tantas personas dando su tiempo, talento para este momento de nuestras vidas. Especialmente el Comité para la Diversidad Cultural y el de Asuntos Hispanos. Recordamos con mucho cariño a nuestro Obispo Pérez que va un poquitito mejor todavía sigue en cuidados intensivos.

Pero lo más importante, hermanos, y eso ha salido constantemente, son ustedes y nosotros con ustedes como delegados. Porque hay tanta gente detrás de cada uno de ustedes, haciendo el pueblo de Dios. Gracias. Gracias también a los delegados regionales y diocesanos.

Este momento, como ya se nos ha dicho, ha sido como una caricia de Dios. ¡Este es cariño nuevo! Cariño nuevo de Dios y de unos para con nosotros. Yo pudiera decir que lo que más me he percatado es que ha sido una conversación o conversaciones desde el corazón. Nos hemos manifestado lo que hay en el corazón. Y el diálogo del corazón es, no se le puede sustituir con cualquier cosa. Este diálogo del corazón que ha sucedido en este evento. Para continuar amando, continuar amando. Sí. Como decíamos al comienzo: cruces vivas. Es decir, cruces con corazón. Cruces con corazón.

Y yo pudiera sintetizar, en lo que yo he vivido con ustedes, lo que hemos vivido juntos, lo que hemos escuchado, que sí, es un momento de la Transfiguración. Jesús se transfiguró a sus discípulos. Él nos trajo aquí. El otro día por allí, vi al "River Walk" aquí en Fort Worth, la réplica del Álamo, la Torre de una misión. No sé ustedes, pero yo me siento en casa. Qué bien se está aquí, ¿verdad? ¡Eh! Podríamos proponerle al Señor como Pedro: Hagamos tres chozas. ¿Qué tal si nos quedamos?

Pero también he estado saboreando, gustando el gran amor que tenemos para la Santísima Madre, especialmente la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de Guadalupe, la Morenita, que nos ha ido acompañando en todos los Encuentros y en este Encuentro también, y en este proceso. San Juan Diego también tuvo un encuentro. Después, ¿qué hizo? ¿Siguió su vida como antes? No. Claro que no. El encuentro que tuvo con la Santísima Virgen María, que llevaba en el vientre a Jesús, ¡cambió su vida! Y se dedicó el resto de su vida a compartirla y nos ha llegado hasta nosotros gracias a ese encuentro de la Virgen con San Juan Diego.

Volviendo a la Transfiguración, el punto no nada más es el Encuentro. ¡Es la misión! La misión, el compromiso. Yo he escuchado que la Transfiguración, sí, fue anticipación de la gloria del Señor, pero, juntos con el Señor, regresaron a la experiencia de la Cruz. Con la Virgen de Guadalupe y Juan Diego, después de su primera misión, Juan Diego siguió misionando. Es necesario misionar, misionar. Y lo hemos compartido con la experiencia de los discípulos de Emaús. Encuentro. Misión.

Y ahora es el envío. Y vamos a tener una Misa en que ahí vamos a volver a reconocer en la Palabra, en la fracción del pan y en nuestra fraternidad, ¡que el Señor nos envía! Y nos da su Santo Espíritu para poder ser fieles a la misión. Hoy Jesús envía, nos envía de regreso a misionar. No nos promete que todo va a ser color de rosa. Del DF. Eso sí: ¡Lo comido y lo bailado, nadie no lo quita! ¡Nadie no lo quita! Que no nos roben nuestra esperanza, la alegría, el celo apostólico, lo que ha surgido desde el corazón en estos días. ¡Que nada, ni nadie no los robe!

En el envío, se nos promete las bienaventuranzas, que son caminos de cruz. Nos envía el Señor a ayudar a otros a cargar su cruz, recordando que sobre todo, la cruz del Señor, en los rostros de nuestros hermanos. Para esto vamos a continuar, este proceso de Encuentro, con discernimiento, es necesario discernir. Es decir, ponderar. Y ciertamente estos días han estado cargaditos, ¿eh? Como que nos pusieron a trabajar. Pero va a haber tiempo allá, con nuestras comunidades, para seguir haciendo discernimiento en nuestras iglesias locales. Queda mucho camino por descubrir. Se ha despertado la vida en nosotros para el bien de la Iglesia Católica en los Estados Unidos en estos días. Con la luz del Espíritu Santo, discernamos juntos como Iglesia. Esto salió clarísimo.

Ya lo dijo el Obispo Barnes claramente. ¿Verdad? El acompañarnos. Hermanos, es cierto que ustedes necesitan acompañamiento y les podemos decir, nosotros sus obispos, ya nos hemos sentido acompañados por ustedes estos días. Gracias. Entonces, volvamos, pues, a compartir el fuego del encuentro con Jesús. Y si fue un diálogo de corazón, ¡que ardan los corazones! ¡Que se note! ¡Que se note! Vamos a incienda - Miren, hasta el español se me está fallando. Le salió mejor al Obispo Lori en la mañana. Incendiamos al mundo con el fuego del Espíritu Santo, como comenzamos este Encuentro. ¡Ven, Espíritu Santo, ven! ¡Ven, Espíritu Santo, ven! ¡Ven, Espíritu Santo, ven! ¡Ven, Espíritu Santo, ven! Somos guadalupanos, embajadores de la misión que la Virgen de Guadalupe le encomendó a San Juan Diego. Nada nos hará falta. Es nuestra madre. La columna firme de la fe frente a la cruz y por eso decimos: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva!